

Mi peor enemigo

Claudia es una niña muy influenciable. Siempre se ha dejado llevar por los comentarios que rondaban por su cabeza desde pequeña: "Estás bajando de notas", "Tus compañeros son más listos que tú", "No eres lo suficientemente lista como para llegar a ser algo en la vida". Estos comentarios la hacían sentirse inferior al resto de sus compañeros de clase. Fingía ser una Claudia que no era ella.

En el colegio, Claudia tenía un trastorno del aprendizaje que le provocaba dificultades al pronunciar algunas palabras, al elaborar textos y para recordar secuencias de cosas, además de las similitudes y diferencias entre letras. Este trastorno se llama dislexia, y era su peor enemigo. En el colegio sentía miedo: miedo a que la sacaran para corregir una actividad y que se equivocara, miedo a que vieran cómo leía, miedo a hablar con los profesores, miedo a que descubrieran que tenía dislexia y se rieran de ella. Por eso, nunca hablaba con nadie sobre el tema; le daba pavor que sus compañeros se enteraran de su mayor secreto.

Un día, en clase, estaban dando las notas del examen de biología. Ese examen para el que tanto había estudiado, ese examen "tan fácil" para el que sus compañeros habían estudiado solo el día anterior. Pero ella no entendía por qué todos sus compañeros podían estudiar en tan poco tiempo y ella, habiendo estudiado toda la semana, seguía sin entenderlo. **¿Por qué todos mis compañeros solo tienen que estudiar un día y yo llevo toda la semana?** Se preguntaba. Y por más que lo intentaba, no podía comprenderlo.

A medida que la profesora iba llamando a sus compañeros y ellos iban diciendo sus notas, Claudia vio que todos habían sacado muy buenas calificaciones. Nadie había sacado menos de un siete. Hasta que llegó su turno.

—Claudia, tu examen —le llamó la profesora.

Claudia se levantó de su silla. Le temblaban las manos, y con ellas, presa del miedo, cogió su examen. Como siempre, la nota más baja: solo había sacado un cinco. Solo un cinco, para todo lo que había estudiado. Y, como siempre, llegaron las comparaciones: "**¿Por qué ellos sí pueden y yo no?", "¿Por qué soy tan tonta?", "No valgo para nada**". Claudia no pudo evitarlo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Revisó su examen una y otra vez, pero no podía comprenderlo. "**¿Por qué todo esto me pasa a mí?**" se preguntaba. "**¿Por qué no le puede pasar a otra persona?**" Fue entonces cuando se dio cuenta de todas las faltas de ortografía, de la falta de expresión y comprensión, de no diferenciar las letras y un montón de cosas más que le habían hecho bajar de nota. La profesora, al ver lo afectada que estaba Claudia, decidió hablar con ella para consolarla.

—Claudia, ¿estás bien? —le preguntó la profesora, con rostro preocupado.

—Sí, sí, todo bien —respondió Claudia, aunque en realidad no lo estaba. Tenía tanto miedo de que sus compañeros se enteraran de su nota que lo ocultó. Pero esa vez, la profesora no permitió verla así, afectada por una simple nota, con miedo y triste. Así que insistió.

—Claudia, estamos aquí para lo que necesites. Si no quieres hablarlo ahora, podemos hacerlo en otro momento, cuando te sientas más segura. Pero de verdad, esto se corrige —le dijo la profesora para consolarla. Claudia solo asintió con la cabeza y se fue a su asiento. Cuando llegó a su sitio, todos sus compañeros le preguntaron por su nota. Pero ella no les iba a decir la verdad. Así que les dijo que había sacado un siete. Algo en su interior le decía que lo estaba haciendo mal, que se estaba engañando a sí misma. Pero a otra parte de ella le daba igual. Estaba feliz porque sus compañeros pensaran que era como ellos, que era "lista".

Al llegar a casa, la madre de Claudia le preguntó cómo le había ido el día. Claudia quiso ocultarlo.

—Bien, me han dado la nota de biología y he sacado un cinco —dijo ella, sin mucha preocupación en sus palabras. Sin embargo, su rostro decía lo contrario. Se veía insegura, afectada y asustada. Su madre la conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que algo no iba bien. Así que decidió insistir para que le contara la verdad.

—¿Segura? Sabes que puedes contarme todo —le dijo la madre.

Claudia pensó que era hora de contar la verdad, de dejar de esconderse en una Claudia que no era la verdadera. Era el momento de que alguien supiera cómo se sentía. Así que, con rabia e impotencia, le contó a su madre lo que le estaba pasando.

—No, no estoy bien. Estoy harta de que todas las horas que paso estudiando no se vean reflejadas. Estoy harta de ser la niña que saca las peores notas, harta de ser la que se traba al

leer o al hablar. Y todo esto porque no sé hacer nada. Hay letras que ni siquiera distingo. Hay veces que ni yo misma sé lo que estoy escribiendo. Así que no, no estoy bien —dijo Claudia. En su voz se podía notar toda la rabia y la impotencia que sentía por saber que todo le costaba el doble y por pensar que nunca podría ser como sus compañeros.

La madre de Claudia se quedó petrificada. No se esperaba que su hija estallara de esa manera.

—Claudia, esto se trabaja, se puede corregir de verdad. Solo tienes que perder un poco el miedo, tienes que estar más segura de lo que haces. Y verás cómo todo cambia. Sé que decirlo es muy fácil y hacerlo es complicado, pero con ayuda, todo es más fácil —le dijo la madre, mientras le ponía una mano en el hombro para intentar calmarla.

Al día siguiente, la madre despertó a Claudia para ir al instituto, y aprovechó para hablar con ella sobre el tema. Quería que Claudia se animara, que perdiera la inseguridad y el miedo, que supiera que sí podía. Quería que entendiera que no era tonta como ella pensaba. Cuando su madre le contó todo esto, Claudia se sintió mejor. Creyó que, tal vez, con un poco de ayuda, todo mejoraría. Pensó que dejaría de ser la niña que sacaba las peores notas, que todo cambiaría.

En la hora de biología, Claudia decidió que era el momento de superar sus miedos e inseguridades. Se levantó de su silla y caminó directamente a la mesa de la profesora. Sus piernas temblaban, al igual que sus manos, que también sudaban.

—Hola, ¿podemos hablar? —dijo Claudia, con un tono tímido en su voz.

La profesora le sonrió al ver que finalmente había superado sus miedos.

—Sí, vamos a salir —le dijo, con tono amable, mientras salían de clase para hablar con calma, en un lugar donde Claudia se sintiera más segura.

—Imagino que ya sé de lo que quieras hablar —dijo la profesora. Claudia asintió y ella continuó—: Mira, sé que no es fácil hacer esto. Por eso, estoy muy orgullosa de ti. Todo lo que te pasa tiene solución, se puede corregir. Te sacaremos en algunas clases para que trabajes con otra profesora. Ella te ayudará a distinguir las letras, a no trabarte al pronunciar algunas palabras, a leer mejor, y más cosas. Si te sientes más segura, tus compañeros no deben enterarse de nada, a menos que tú decidas contárselo.

Claudia asintió con la cabeza. Ya parecía más segura de sí misma, segura de lo que hacía, y sobre todo, segura de que todo iba a cambiar.

Al llegar a casa, le contó todo a su madre. Le dijo que ahora se sentía más segura, más segura de ella misma, y que pensaba que todo cambiaría. Su madre sonrió, orgullosa de ella, y le mostró todo su apoyo.

Pasaron los meses, y Claudia perdió sus miedos e inseguridades. Ya no le importaba decir que tenía dislexia. Lo aceptó como parte de ella, y dejó de verlo como su peor enemigo. Lo convirtió en uno de sus mejores aliados.

Esta historia es la de Claudia, pero también es la historia de muchos niños y niñas que, como ella, sufren de dislexia y tienen miedo al qué dirán o al qué pensarán. Niños y niñas que piensan que no pueden ser nada en la vida, porque creen que su trastorno los define. Ojalá esta historia no sea la de ningún niño.

Autor: Laura

Colegio: Luisa de Marillac

Clase: 3 eso